

UN CÍRCULO PERFECTO

La participación política de los cristianos. Seminario de Estudios Laicales. 24 de abril de 2014.

Comienzo mi participación en seria desventaja. Mis otros tres compañeros de sesión tienen una larga experiencia política, con tres expresiones bien diferentes. Mi trayectoria, como se ha comentado en la presentación es muy escasa. Prácticamente amateur. Más bien me parezco más a ese espontáneo que agarra por capote el chándal de rayas y se echa al albero a torear, con más miedo que vergüenza, pero con el fuego del toreo en las entrañas.

Mi experiencia política fue casi un suspiro: un rápido y previsible revolcón en las elecciones al parlamento andaluz del 2004. Aquel fue un partido que nació de una plataforma de pensamiento político de ámbito andaluz. En ella nos concentramos personas desencantadas de las reglas de juego que todavía persisten en España: la concentración en los grandes partidos, la disciplina de partido, la ley electoral, la obsoleta división izquierda-derecha... Personas de muy diversa procedencia, pero con un sentimiento común de querer “romper la baraja” y hacer política de otra forma. No es que nos fuera muy bien -más bien nos fue fatal.- pero de aquella experiencia me quedó un poso muy grato. Uno de los aspectos más positivos fue encontrarme allí a otros cristianos, de procedencia muy diferente a la mía. Cristianos que andaban como yo, erráticos, con la necesidad de atender el bien común pero sin encontrar el cauce adecuado para ello.

Estoy convencido de que mis tres compañeros de sesión vivieron muy conscientemente la transición española. Yo soy cinco años más joven que Carlitos, el pequeño de los Alcántara en “Cuéntame”, así que apenas rocé aquellos días. Demasiado niño para participar de nada, pero suficientemente mayor para sentir que no comprender, la trascendencia de aquel momento. Creo que uno es mayor cuando ve en los libros de historia de sus hijos las cosas que para uno están todavía frescas en la memoria.

Fueron días en que el cristianismo aportaba valor real a la sociedad: reconciliación, libertad, participación, justicia.¹ La presencia política de los cristianos fue numerosa y pública en todas las orientaciones políticas, dándole cuerpo y sabor cristiano a la democracia incipiente.

Mi generación creció bebiendo algo del final de aquellos tiempos pero, con la constitución ya consolidada y sin aparente dictadura contra la que luchar, la aportación de los cristianos a la vida política y social se fue abotargando, las asociaciones envejeciendo, los proyectos comunes difuminándose y las facultades militantes atrofiándose.

Recuerdo que cuando era pequeño, echaron abajo el mercado de la Encarnación, en el centro de Sevilla. En 1973 se hizo uno provisional en un rinconcito de la

¹ García de Andoin, Carlos. Laicos cristianos, iglesia en el mundo

plaza, para cubrir las necesidades del barrio mientras se construía el nuevo. 38 años se mantuvo esa estructura provisional, incluso con un cartel cerámico que así lo indicaba: "Mercado Provisional de la Encarnación. 1973". Algo así nos pasó con la política en España. Las estructuras y modelos políticos nacidos para una transición modélica, se convirtieron, como el mercado provisional de la Encarnación, en modelos inamovibles, cerrados a las nuevas situaciones de la sociedad. Estructuras que resultan a mi modo de ver, un incómodo corsé para la libertad política de los ciudadanos y por tanto, más si cabe, para los cristianos.

¿Qué les queda a los jóvenes de hoy de aquello? Pues los Alcántara y la canción Libertad sin ira de Jarcha. Las nuevas generaciones, mis compañeros más jóvenes (y no tan jóvenes) de trabajo, no quieren saber nada ni de la política ni de los políticos. Para mis hijas, los políticos son esos que salen continuamente en las noticias de la tele por casos de corrupción. Una profesión deshonrosa en la que sólo prima el interés desmedido por el poder o el lucro. No se lo puedo reprochar: una experiencia parecida pero llevada al límite tuvo San Antonio María Claret con respecto a la política y los políticos de su tiempo. El momento más amargo de su vida fue sin duda la etapa en la que vivió en medio de la corte, siendo confesor de la Reina Isabel II. Aunque el carisma seglar claretiano trasciende la experiencia del santo, es totalmente comprensible que tuviera poderosas razones para tener serias reservas con respecto a la participación política. A aquella política. Decía en su autobiografía:

"En materias de política jamás me he querido meter, ni antes, que era mero sacerdote, ni ahora tampoco, siendo así que varias veces me han pinchado. Al fin y al cabo todos los partidos no son más que jugadores, que tratan de ganar el tanto y tener el orgullo de mandar sobre los demás o el lucro del sueldo más crecido". (Aut 630)

¿Dónde queda entonces la participación socio-política de los cristianos de hoy, especialmente de los jóvenes? Fundamentalmente en las ONGs, muy por encima de los partidos políticos y de la Iglesia en las encuestas entre la juventud española. Un joven aceptará gustosamente y sin reparos una propuesta para algún trabajo social con inmigrantes o reforestando bosques, pero huirá de cualquier proposición partidista como si de la peste -o el SIDA- se tratara. Son movimientos sociales a los que la fe sigue aportando valores fundamentales, pero en los que la presencia explícitamente cristiana no es suficientemente significativa. Entre otras cosas porque ha calado en la conciencia del cristiano que ejerce como ciudadano responsable la consigna de que la religión debe permanecer en el ámbito de lo privado.

Como dice **García de Andoin**, es cierto que es necesaria *"la distancia crítica de la fe hacia cualquier opción o sistema político, pero también la necesidad de la mediación política para la realización del Reinado de Dios"*. García de Andoin defiende la necesidad de *"cambiar la sensibilidad y la cultural eclesial en relación a la política"*, subrayando cuatro actitudes a combatir: *la privatización de la opción partidaria en la comunidad creyente, el rechazo a la toma de partido, la demonización del poder, y un idealismo moral dimisionario de la acción política racional*.

Profundicemos en cada una de estas actitudes.

1. La privatización de la opción partidaria en el interior de la comunidad cristiana.

La opción política crea división, es vivida como una amenaza a la comunión. En Honduras los seglares claretianos tenemos varias comunidades. Cuando visité la de San Pedro Sula, los militares habían depuesto al liberal Manuel Zelaya y se había elegido a Micheletti. Manuel Zelaya tuvo el famoso episodio del refugio en la embajada de Brasil. Honduras entera se polarizó hasta extremos casi bélicos. También afectó a las comunidad de San Pedro donde había partidarios de Zelaya y de Micheletti. La división ideológica casi destruye la comunidad. Recuerdo casos similares en comunidades venezolanas donde conviven anti y pro chavista (no sé como se llaman ahora, maduristas?). Y podría hablar de Chile, Estados Unidos... y nuestras propias comunidades en España. No resulta “apropiado” hablar entre hermanos de la comunidad de asuntos políticos, o al menos no en una línea digamos “divergente”. Al final, el asunto político, más si es de tipo partidario, queda relegado a opciones personales.

En la comunidad eclesial el político militante , sobre todo cuando se trata de filiaciones poco tradicionales, parece formar parte de la comunidad “a pesar” de su condición política, y no precisamente por ella. *Sigue pesando la idea de que la fe es más pura cuanto menos se contamine de política.*

SE PUEDE CORTAR [El hecho de la militancia activa política y cristiana debería ser un acto natural y deberíamos encaminarnos hacia el mismo. *Así como las figuras del catequista, el monitor y el voluntario forman parte del universo común de las parroquias, también deben incorporarse a éstas la de militante cristiano, el político.*

Las iniciativas de encuentros de políticos católicos de diferentes tendencias, como el que tiene lugar hoy aquí, deberían ser promovidos en las diócesis para rehabilitar el servicio político y su múltiple expresión entre los cristianos como algo no sólo natural sino necesario.]

2. Política sí, pero toma de partido, no.

Es opinión generalizada que la toma de partido divide, fragmenta, contamina la fe. Pero resulta que Dios toma partido, toma una decisión concreta. Dios “se moja”.

Podía haber elegido cualquier momento de la historia, o ninguno, pero Cristo se encarna en un pueblo concreto, el judío: Jesús, hijo de María y José de Nazaret.

Nosotros no nos mojamos. Nos quejamos de los partidos políticos pero no ponemos mano en el arado. Qué fácil es hablar desde la barrera contra los políticos...

3. Respecto al poder.

Cuidadito con el poder. Poder yuyu. *Hay una demonización del poder en la sensibilidad eclesial. Uno de los aspectos que más nos cuesta digerir es el poder. Si algo pertenece a la identidad de un partido y de un político es la voluntad de poder. ¿Es posible una Iglesia sin ambición de evangelizar? No. Pues tampoco un partido político sin ambición de poder.* Una opción política necesita llegar al poder para poder cambiar las cosas, hacerlas realidad. Es cierto que resulta fácil caer en el egoísmo y la injusticia cuando se tiene el poder en las manos. Por eso la comunidad cristiana desconfía del poder como de una enorme tentación. El mismo papa Francisco confiesa que en sus primeros años de provincial, siendo demasiado joven e inexperto, gobernó de forma brusca, autoritaria y personalista. ¿Es motivo este para abandonar? Al contrario, ese mismo provincial autoritario llegó a convertirse en el papa que hoy quiere “oler a oveja” que sólo entiende el poder desde el servicio y que está conmoviendo al mundo con sus gestos. Así han de entenderlo quienes ejercen la autoridad política desde el evangelio.

4. El idealismo moral.

García de Andoin y otros lo denominan el “*prejuicio de la justicia completa*”. Particularmente me he sentido en algún momento tentado por esta actitud de la que confieso me sigue costando desasirme: *ninguna realización política merece nuestro afecto y nuestro compromiso, pues dista mucho del ideal.* Sin embargo, admito que *esta actitud en lugar de implicar al cristiano con la política justifica su dimisión del compromiso político. En democracia, todo avance requiere pactos entre diferentes opciones diferentes que hay en la sociedad, entre partidos, e incluso en el interior de los partidos.* La Transición Española no hubiera podido tener lugar sin esa voluntad de pacto y entendimiento. *Las políticas trabajan siempre con recursos presupuestarios limitados. Muchas veces el margen de decisión real de un político es muy estrecho. Pocas veces la elección es entre un bien y un mal nítidos. La insistencia permanente en los que dista el ideal evangélico respecto a los programas, las políticas e ideologías puede y debe tener una función profética, pero también una peligrosa consecuencia: la dimisión del compromiso político.*

Políticos enviados por la comunidad

La tarea política del creyente no sólo tiene las trabas anteriormente citadas. Esa son sólo las barreras internas. También, y sobre todo, están las propias de la actividad política. Trabajar por un mundo más cercano al sueño de Dios en el terreno político, con las líneas morales a veces tan difusas, con la tentación del abuso de poder a cada paso, puede resultar una tarea agotadora para el más templado y curtido de los cristianos. El acomodarse, el profesionalizar la política de manera que se convierta en un modo de ganarse la vida, en vez de un servicio a la sociedad, el absolutizar la ideología por encima de la fe, son riesgos reales del cristiano que se dedica a la política. Puede haber héroes e incluso mártires como Tomás Moro. Pero ir de francotiradores sin el respaldo de una comunidad puede ser una batalla muy difícil de mantener.

Creo que los políticos deberían identificarse como un don, como un carisma más dentro de la comunidad eclesial. La vocación política como cualquier don del Espíritu no existe sino para ser repartido. Pero con el apoyo de la comunidad. Una comunidad de contraste, que ayuda a discernir en esas difíciles situaciones con las que se encuentra quien ejerce en política. Una comunidad que envía a unos de sus miembros. Una comunidad que ejerce de paraguas ante las adversidad o las amenazas. ¿Por qué no una comunidad también que asegurase incluso al enviado la sostenibilidad económica una vez abandonado el cargo, para no tener tentaciones de “*atarse al sillón*”?

Son conceptos muy distintos a la practica habitual de la política, incluso entre los cristianos, incluso dentro de comunidades maduras. Pero al fin y al cabo, la labor política de los cristianos es una forma privilegiada de evangelizar, de HACER evangelio, de hacer realidad ese Reino que ya está aquí pero aún no ha llegado en plenitud. Y como tal evangelización, hay que buscar, también en la política, nuevas maneras, nuevas formas de expresión acordes a las necesidades del hombre de hoy.

Una mirada libre

Una última reflexión. Todos tenemos obligaciones políticas como cristianos. Todos. Algunos estarán llamados de manera especial y vital. A estos le debemos nuestra atención fraterna: “*hay que elogiar la política y el compromiso político de los cristianos*”. Pero todos estamos llamados a la actividad política. A ejercer nuestro deberes como ciudadanos. A votar. A exigir. A decidir. Pero, ¿estamos preparados para ejercer como cristianos políticamente responsables? ¿Tenemos conocimiento real de la doctrina social de la iglesia? ¿Por qué se llenan las manifestaciones contra el aborto y el matrimonio homosexual mientras que a las que se convocan contra el hambre, la pobreza y la injusticia social van cuatro gatos y son mal vistos? No lo digo yo, lo dice con claridad meridiana el Papa Francisco en aquella entrevista de Spadaro que dio la vuelta al mundo: “*No podemos seguir insistiendo **solo** en cuestiones referentes al aborto , al matrimonio homosexual o al uso de anticonceptivos*”.

¿Realmente estudiamos todos los programas electorales cuando llegan las elecciones o simplemente hacemos una comparación superficial con respecto a estos aspectos, sin tomar en cuenta la totalidad del Evangelio? Si de verdad Jesús nos libera de toda atadura, también nos debe hacer libres para romper los encasillamientos y etiquetas, sin prejuicios ajenos a la fe: “*examinadlo todo y quedaos con lo bueno*”

El seguimiento de Jesús conlleva la conversión total de la vida. Jesús de Nazaret es algo mas que un maestro que nos enseña doctrina moral. Es el Señor Resucitado que nos sale al encuentro, con él morimos al hombre viejo para nacer a una nueva vida, también en la política.

Permitidme que termine con un pequeño spam carismático. Decía Claret: *“cada cristiano ha de hacer como un compás, que de las dos puntas fija la una en el centro y con la otra se pone en movimiento hasta describir un círculo perfecto”*².

Para los seglares claretianos, esa punta en el centro (Dios) es la **mística**. La otra, la que describe un círculo perfecto (los hombres) es la **política**³. Quizás sea por esto que el gusanillo de la política siga muy vivo dentro de mí, y que no se me terminen de quitar las ganas de echarme al ruedo si se presentase una nueva oportunidad. Con el permiso y la santa paciencia de mi familia, claro ;)

Muchas gracias

² SAN ANTONIO MARÍA CLARET, *Escritos Espirituales* (BAC 471), Madrid 1985, 147.

³ Cfr. Ideario de los Seglares Claretianos, nº14